

Hablando de lo que nos pasa

Notas a pie de vida

Agustín González Gallego

UBe

*Hablando de lo
que nos pasa
Notas a pie de vida*

*Hablando de lo
que nos pasa
Notas a pie de vida*

Agustín González Gallego



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Edicions

Índice

<i>Prólogo. Eso que somos</i>	9
I. Háblame de tus sueños	15
II. Cierta hora del silencio	39
III. <i>Estar-con</i> vosotros	73
IV. Intimidad habitada	131
<i>Referencias</i>	187

Prólogo

Eso que somos

Hablar del hombre es hablar de lo humano. Preocuparse por el hombre es preocuparse por el mundo humano. Solo al hombre le es dado el manejar su existencia, solo el hombre tiene ante sí un futuro vacío, solo el hombre tiene que construir sus pautas conductuales. Su vida no transcurre específicamente, está obligado a elegir, es sujeto de su propia historia, no tiene naturaleza o, dicho de otra manera, *lo que la naturaleza es a las cosas, es la historia —como res gestae— al hombre*. Como afirma Martin Heidegger:

«Por cierto que ahora hay libros titulados *¿Qué es el hombre?* Pero la pregunta solo está en las letras de las tapas. No se pregunta; no porque el preguntar se haya olvidado, sino porque ya se pone una respuesta a la cuestión, y de tal carácter, que con ella se dice, al mismo tiempo, qué es preciso preguntar».

Lo esencial de la respuesta debería consistir en esclarecer ese ámbito en el que late lo humano, el fondo de lo que podemos denominar «experiencia original» del hombre, y desde ahí aclarar lo que hace posible el mundo, mi mundo.

«Sujeto», «yo», «individuo», son otras maneras de apuntar a eso que soy. Si eso que soy fuera unívoco, todas ellas deberían ser sinónimos, pero algo nos dice que eso no es así, que todas

parecen decir algo sobre nosotros, pero no nos agotan, no nos abarcan. René Descartes inicia el mundo de la modernidad al proponer el sujeto como conciencia, como *res cogitans*, como sustancia pensante, como principio y como fundamento. «Sujeto» quiere decir ser consciente de sí mismo y fundar el propio destino. Es el sujeto que se construye desde la metafísica, pero la constatación de nuestra finitud y el descubrimiento del inconsciente resquebrajaron esa fundamentalidad del sujeto.

«Cada persona parte de una posición única dentro del tejido de sus relaciones y atraviesa una historia única hasta llegar el momento de su muerte [...]. Cómo se desarrollará realmente esta individualidad, de qué índole será la forma de marcados perfiles en la que poco a poco se irán fijando los rasgos suaves y moldeables del recién nacido, es algo que no depende de la constitución natural del niño, sino del desarrollo de sus relaciones interpersonales» (NORBERT ELIAS).

Para llegar a comprender *eso que somos*, lo primero que hay que evitar es el esquema de que hay sujetos y objetos. No existe ese sujeto anterior a y señor del ente. Eso que llamamos sujeto se resuelve en una condensación de identidades y regularidades que nos es posible describir.

«La capacidad para utilizar el “yo” y otros términos asociados a la subjetividad es una condición para que aparezca la conciencia del yo, pero no la define en cuanto tal. La identidad del yo no es un rasgo distintivo, ni siquiera una colección de rasgos poseídos por el individuo. Es el yo entendido reflexivamente por la persona en función de su biografía» (ANTHONY GIDDENS).

No existe el sujeto metafísicamente aislado; *eso que soy* se me presenta originariamente abierto, la autoconciencia la alcanzo en el reflejo del mundo en el que soy. Todo sí mismo, toda autoconciencia, está impregnado de las cosas que nos son familiares, de las cosas de las que no podemos desprendernos. En palabras de María Zambrano:

«[Convivir] quiere decir sentir y saber que nuestra vida, aun en su trayectoria personal, está abierta a los demás, no importa [que] sean nuestros próximos o no; quiere decir saber vivir en un medio donde cada acontecer tiene su repercusión, no por inteligible menos cierta; quiere decir saber que la vida es ella también en todos sus estratos sistema. Que formamos parte de un sistema llamado género humano, por lo pronto».

El déictico *yo* parece condensar de manera propia eso que soy, pues apunta al sí mismo como ente subjetivo, pero lo hace en un doble sentido. En efecto, *yo* puede designar la personalidad individual, particular y determinada, o una entidad abstracta, un universal predicable de cualquier ser consciente. Abarca los dos sentidos. Todo *yo* lleva a cabo una doble exclusión: por un lado, no soy *no yo*, soy una subjetividad diferente de los entes objetos e igual al resto de los *yo*, y, por otro lado, me indico como único e irrepetible, como diferente de los otros *yo*. Esta segunda exclusión es la que se refiere al individuo como realidad empírica, identificable en un espacio y en un tiempo, que tiene conciencia de ser, que no es lo mismo que conciencia de identidad clara y determinada, de su finitud, de su muerte, de los otros. Y es que, a la hora de la verdad —y dando por supuesto que no somos lo que somos, sino lo que hacemos—, la identidad del *yo* es la crónica del *yo*.

Hablar de mí es dar forma a una gran diversidad de datos, de información; dar forma y dar sentido, es decir, colorear un proyecto. Hablar de mí es hablar de una persona material identificable por mi continuidad espacial y temporal. Quizá el fragmento 482 (1885-1887) de Friedrich Nietzsche sea el más definitorio: «Donde comienza nuestra ignorancia, donde ya no podemos ver más allá, colocamos una palabra, por ejemplo, la palabra “yo”, la palabra “hacer”, la palabra “padecer”: quizá sean líneas del horizonte de nuestro conocimiento, pero no son “verdades”». *Yo* indica una realidad poliédrica engarzada en mi conciencia, una pluralidad de “yo soy...”, no un sujeto claro y distinto o una realidad sustancial. Tener conciencia de sí mismo es, como hemos señalado, tener familiaridad con toda una serie de sensaciones, de recuerdos, de datos, de cosas, de los otros, no una relación de *yo a yo*. *Yo* indica mi realidad constituida, no la constituye y, por consiguiente, tampoco es anterior a ella. El *yo* no apunta a una realidad óptica constituyente de toda mi experiencia, a un sujeto incontaminado.

Nuestra seguridad ontológica descansa sobre nuestra conciencia práctica. Y siempre un yo corporeizado y enraizado en el lenguaje. Podemos afirmar, pues, que ni el sujeto metafísico ni el yo ontológico son suelos desde donde construir nuestra identidad. A veces «sucede que los hombres se detienen en medio del paisaje de las cosas y fijan su atención en su Yo» (PETER SLOTERDIJK). Se encuentran con su existencia. Es el momento mágico-trágico en que se dan cuenta de que no son «ninguna de las cosas —eso quiere decir que ya no hallo ningún amparo en lo que no es humano—; no soy, ahora lo sé, piedra, ni planta, ni animal, ni máquina, ni espíritu, ni Dios». Quedas a la intemperie.

Hoy en día, el individuo es pensado como el ser que tiene conciencia ontológica de sí, que es consciente y responsable

de sus actos, que, de alguna manera, sabe lo que hace y por qué lo hace.

«El individuo como algo irreducible, no un singular, una objetivación de un universal. Individuo que empieza y acaba con él, pero que en el mismo acto es un *mitsein*, un para-otro, que se constituye con los otros. Es el existente concreto sin más identidad que su radical existencia y su igualdad con los demás individuos. Individuo que ya es sinónimo de persona, distanciamiento de la metafísica que es señalado por varios autores como el paso del sujeto al individuo» (ALAIN RENAULT).

El *yo* bien puede ser ese lugar topológico de ningún sitio y, a la vez, el centro de mi situación. O dicho con palabras de John Maxwell Coetzee:

«Toda mi vida me he aferrado a esa historia. Si todos tenemos una historia que nos contamos a nosotros mismos sobre quiénes somos y de dónde venimos, entonces esa es mi historia. Esa es la historia que elijo, o la historia que me ha elegido a mí. Es de ahí de donde vengo, es ahí donde empiezo».

O con las de Oscar Wilde: «La auténtica vida de alguien es muy a menudo la vida que uno lleva».

I. Háblame de tus sueños

*Al comienzo fue la palabra, palabra
que desde las sólidas bases de la luz
abstrajo todas las letras del vacío;
y desde las nubladas bases del aliento
la palabra fluyó, trasladando al corazón
los primeros caracteres de nacimiento y muerte.*

DYLAN THOMAS

Cuando me di cuenta de cuán poco espacio temporal ocupaban mis recuerdos, comencé a tomar notas en pequeñas libretas: nunca me busques más allá del infinito, ni en las praderas silenciosas de la nada.

*

«Para empezar, lo que quieras amar, pon tu afán en hallarlo, tú que, soldado, entras hoy sin experiencia en la lid; es la siguiente labor conseguir la mujer que te gusta y lo tercero es hacer largo en el tiempo ese amor.»

OVIDIO

*

Recorriendo tu espalda con mis manos llegué a pensar que te estaba creando, que te estaba sacando de mis sueños; por la mañana, no sabía si tú estabas en mis sueños o yo, en los tuyos.

Siempre me he preguntado cómo pueden caber mares infinitos en unos ojos; porque caber, caben.

*

No quiero tu virginidad en nada,
no quiero ser el primero en nada,
ni tan siquiera necesito tus promesas para ser feliz.
Solo quiero seguir descubriendo cosas contigo.

*

«No sé si fui la venda de tu cicatrizada herida, nada de eso importó; recuérdame que te compre bombones, pero, por favor, no nos enamoremos», le dijo el tuareg a su reina mora.

*

Janet y los acantilados: troceaste la noche para beberla a pequeños sorbos, hoy la ciudad no era la misma —tú la habías cambiado; me gusta tu forma de transformar las cosas.

*

Si te vas, deja la puerta abierta, porque yo seguiré esperando; si vuelves, no enciendas la luz, me gusta sentirte entrando en mi sueño, y no me pidas permiso para quedarte, ni te despidas

si te vas, pero por favor, no hagas ruido. «Serás, amor, un largo adiós que no acaba» (PEDRO SALINAS).

*

«¿Por qué, pues has llagado
este corazón, no lo sanaste?
Y, pues me lo has robado,
¿por qué así lo dejaste,
y no tomas el robo que robaste?»

SAN JUAN DE LA CRUZ

*

Mirándola tendida al sol, el problema era averiguar de dónde venían los rayos. Ya eres tan natural en mi vida como mi mano; espera un poco, no te vayas, pronto amanecerá y el sueño se irá con la noche.

*

«Y de pronto, en el halo
silencioso de la noche,
un soñar mío empieza
al borde de tu cuerpo;
en él el tuyo siento.
Tú dormida, yo en vela,
hacíamos lo mismo.
No había que buscar:
tu sueño será mi sueño.»

PEDRO SALINAS

*

«Por los escalones y cansancios míos baja de tu irrealidad y ven a sustituir al mundo» (FERNANDO PESSOA). Por la aurora te persigo, mis dioses seguirán trepando por tus paredes y en las grietas de tu memoria se incrustarán mis pedazos —cabalgaron hacia ninguna parte y se dedicaron a la poesía.

*

Cuando ya no estés,
cuando llegues,
cuando te vayas,
cuando estés.

*

Ya no te necesito para mi locura, por eso ya no juego a las canicas contigo; no estás cuando llega la noche. ¡Vuelvo a la cueva!

*

Intentó dormir, pero ya no pudo. Otra vez se escapaba y la volvía a pensar irreal, pero él la quería real. «“Devuélveme el sol, no te lo lleves”, me dijo. Reflejaba tal tristeza en su rostro que se lo tuve que entregar» (ANTONIO RAMÍREZ).

*

¿Por qué tu cuerpo ya no me llama?,
¿por qué tu cuerpo ya no escucha al mío?,
¿por qué ya no subimos a las colinas?

*

Tenía la impresión de que el único enemigo del amor era el amor; lo que no tenía tan claro es en qué consistía el amor y, de eterno mendigo de amor que siempre buscaba en los cuerpos lo que estos no podían darle, pasó a ser ladrón de noches y vigía de amaneceres.

*

Hoy la Princesa está triste, mañana los pájaros volarán más despacio y, cuando se enteren los peces, ya todo habrá pasado. Con unos pocos sueños confeccionaron una alfombra mágica y decidieron volar hacia el sol. Aún están volando.

*

«Para mí el amor no existe,
es el cantar de los poetas,
pues no hay amor complaciente
para aquel que no lo espera.»

GATA CATTANA

*

Comenzó a tener dificultades para saber dónde empezaba ella, dónde acababa él. La miraba dormida en la playa y pensaba que el sol era su autor; por la noche, que la luna era su aliada. Te vi tan bonita cuando dormías que pensé: «Quiero enamorarte».

*

Llegaste por la noche y te quedaste; el sol no quería salir por miedo a romper la noche. ¿Te diste cuenta de que el tren al que te subías no tenía estación término? Ya es tarde para intentar bajarte; pues muy bien, volveremos a tener toda una vida hasta mañana. Yo ya tengo el billete, me lo acabas de dar con tu beso.

*

«Verte desnuda
o comprender el hueco de las manos,
no tengo miedo, amor, porque te quiero,
me gustas con las luces encendidas,
aún es pronto,
llámame cuando llegues,
voy a colgar, mi madre
necesita el teléfono.»

LUIS GARCÍA MONTERO

*

«Me diste a beber sangre en esta noche. Fondo del dios bebido hasta las heces» (JOSÉ ÁNGEL VALENTE). Te veo en todos los espejos y, ya ves, sigo queriendo regalarte esas cosas que nunca podrás tener y tanta ilusión te hacen. Tu cuerpo, inagotable fuente de vida, dios inalcanzable.

*

Las voces del viento me trajeron su nombre, la noche me entregó su cuerpo; su cuerpo, ese misterioso desconocido, era